

(2)

UNA PASTORAL EVANGELIZADORA EN LA GRAN CIUDAD

1. *Introducción*

¿Cómo comunicar el Evangelio a esta ciudad? ¿Cómo hablar de Jesús en el centro y en la periferia? Nos encontramos ante unos retos evangelizadores muy parecidos a los de Pablo ante la Roma del siglo I.

Estamos viviendo un *kairós*, el del Papa Francisco, que nos empuja a no encerrarnos en nuestras tiendas, sino a salir y recorrer las calles de la ciudad, al encuentro de tantas y tantas personas que buscan un sentido a su vida. La gran ciudad está llena de “buscadores de la verdad”. Nos corresponde a nosotros ser sensibles a las muchas preguntas, explícitas o implícitas. La gran ciudad precisa de pastores con “un corazón que vea”, o, invirtiendo la imagen, con “ojos capaces de conmoverse”, “ojos de misericordia”. La parábola del buen samaritano, que el beato Pablo VI definió como “el paradigma del Concilio Vaticano II”, constituye el paradigma de la pastoral de la gran ciudad.

La mirada sobre la gran ciudad constituye el punto de partida necesario para que sus pastores entren en la premisa de una pastoral de la evangelización: la conversión pastoral. Esta es la primera parte de mi intervención. La segunda parte pretende identificar los caminos que recorre una Iglesia en salida, que anuncia el Evangelio en los distintos ambientes de la gran ciudad. Y finalizo con las actitudes que considero necesarias en los pastores y agentes de pastoral que desean entrar en una nueva sensibilidad.

2. *Una premisa: la conversión pastoral*

Sería interesante averiguar las características específicas de una gran ciudad como Lisboa que, con sus cerca de 600.000 habitantes es la mayor ciudad y la capital de Portugal. Pero aquí el objetivo no es dirigir una mirada técnica sobre la ciudad, sino insistir en la necesidad de ver (en Lisboa) la tierra donde es sembrada la buena semilla del Evangelio. Esto conlleva que nosotros, los que queremos evangelizar, tanto pastores como laicos, la conozcáis de forma directa y personal desde todos los puntos de vista posibles. Lisboa se ha convertido en una ciudad diversa y plural, cosmopolita, multicultural, multiétnica y también multireligiosa. Se ha convertido en una auténtica gran ciudad, como las otras grandes ciudades del mundo.

Es necesario conocer para comprender. La gran ciudad es amada por el pastor con los ojos y con el corazón, como el campo que el Señor le ha confiado por medio de la Madre Iglesia. La mirada sobre la ciudad es fruto del amor, y la naturaleza pastoral de un obispo, sacerdote, o laico en misión pastoral emana del amor que el Señor “ha derramado en nuestros corazones”.

nes” (Rm 5,5). Debemos conocer la ciudad y conocer las “ciudades culturales invisibles” (EG 74), con sus imaginarios particulares. El Papa Francisco las define como “grupos o territorios que se identifican por sus símbolos, lenguajes, rituales y formas de decir la actividad humana” (Discurso a los participantes en el Congreso Internacional para la Pastoral de las Grandes Ciudades, Vaticano, 27 de noviembre 2014). En nuestro caso, la conversión pastoral significa entrar, no sólo estar en la gran ciudad, sentir el sentido de pertenencia y acercarse a la vida real de las personas, a sus alegrías y sus penas, a su cultura diversa, a sus miedos y soledades, en definitiva a su experiencia de Dios. La conversión pastoral lleva a cambiar la mentalidad pastoral. El dominio cultural del catolicismo ya no existe y la Iglesia no es ahora el único referente cultural en una gran ciudad como Lisboa. Por otro lado, sería un error deducir de este hecho que la Iglesia y el catolicismo son irrelevantes y deben contentarse con seguir siendo una minoría a la que se habría confiada la conservación del gran patrimonio cultural hijo de un pasado glorioso, una minoría formada por “puros” —son palabras de Andrea Riccardi—, personas que defienden los valores inmutables, una reserva de moralidad en un mundo difícil y a menudo hostil. Una minoría de este tipo no llegaría a nadie. Sin embargo, la voz del Evangelio no se oirá en las calles si nosotros nos quedamos encerrados en el interior de las casas.

En este sentido, la conversión pastoral pasa por evitar dos posiciones opuestas pero igualmente cuestionables. La primera es la adaptación al espíritu de la época, que se reduce a un relativismo sin ideas ni corazón que, dice el Papa Francisco, “deja al hombre confiado en sí mismo y emancipado de la mano de Dios” (Discurso a los participantes en el Congreso Internacional para la Pastoral de las Grandes Ciudades). La segunda es la cerrazón institucional, típica de una subcultura eclesiástica, de corte clerical, que tiene como objetivo la seguridad y trata de defenderse porque ve el mundo como una amenaza. El clericalismo es una dificultad objetiva que condiciona muchas opciones pastorales.

En cambio, cuando se da paso a la voz de Dios, emergen los signos propios de la conversión pastoral: la audacia del encuentro, la fuerza atractiva del Evangelio y el diálogo que llega al corazón del otro. La relación entre Jesús y la mujer samaritana pasa por el arte del diálogo (*dia-logon*, ‘a través de la palabra’), por lo que este diálogo es una historia de acercamiento, de comprensión interior, de apertura al Evangelio. Tal y como dijo el beato Pablo VI en la encíclica *Ecclesiam suam*, el Logos se convirtió en diálogo.

3. *Los siete caminos*

3.1. *Una pastoral policéntrica, en red.* La gran ciudad es un mundo formado por pequeños mundos que se entrecruzan, de modo que existe un mundo-ciudad, que recoge el carácter cosmopolita de lo que Marc Augé, cono-

cido sociólogo francés, llama la ciudad-mundo, es decir, una ciudad que se convierte en un espejo del planeta. La ciudad, por lo tanto, es un mundo. Las divisiones sobre el papel, sean civiles (“distritos”), sean religiosas (decanatos), son administrativas pero no culturales ni existenciales ni cívicas. La gran ciudad es un territorio sin fronteras interiores, y debe ser entendida desde un punto de vista cultural y no tanto territorial. La conclusión de este hecho es la constatación que el sujeto de la evangelización no es esta parroquia o esta escuela religiosa, ese santuario o esta realidad eclesial, sino la diócesis, la Iglesia de Dios que está en Lisboa. Sería, por ejemplo, un gran error pensar de acuerdo con una reafirmación de los límites parroquiales.

Como se indicó en el Congreso sobre las Grandes Ciudades (Barcelona 2014), el marco del anuncio del Evangelio en la gran ciudad es la diócesis con su pastor, el obispo. Esto no quiere decir que las otras unidades diocesanas (zonas pastorales, decanatos, parroquias) no tengan la función de ser “Iglesia visible en el territorio”, pero estas unidades más pequeñas deben tender cada vez más a implicarse con toda la ciudad.

Una segunda conclusión que puede extraerse a propósito del policentrismo es la cancelación progresiva de una “pastoral de la desconfianza” entre las parroquias, comunidades religiosas, escuelas, comunidades, movimientos laicales. “La parroquia no es el marco para la comprensión de la ciudad”. Lisboa, por ejemplo, está llena de estudiantes, de la escuela secundaria y la universidad, y muy a menudo la parroquia no cuenta con los medios adecuados para llegar a ellos. Tenemos que ampliar, no reducir la red eclesial en la gran ciudad. Esta red, sin embargo, no puede ser solamente un conjunto de puntos en el mapa diocesano si queremos intercambio de bienes espirituales y humanos de acuerdo con el principio presente en los Hechos de los Apóstoles: “Nadie consideraba como propios sus bienes, sino que todo lo tenían en común.” (4,32). Aquí hay que decir que la parroquia debe tener una clara sensibilidad maternal y ser generosa y protectora de las diferentes realidades de su entorno. Un párroco no es un “patrono”, sino un padre (1Pe 5,3), alguien que debe apacentar la grey “con ánimo pronto” (v. 2).

Una última palabra sobre el policentrismo. La Iglesia romana del siglo I era policéntrica, es decir formada por una red de iglesias domésticas, que se reunían en las grandes casas de gente acaudalada de la ciudad, donde había suficiente espacio para el pueblo de cristianos pertenecientes a las distintas clases sociales. Así se deduce, entre otros textos, de Romanos 16. No estamos tan lejos de la gran ciudad de los césares (un millón de habitantes), ni de la Iglesia que escuchó la palabra de Pedro y Pablo.

3.2. *Las visitas domiciliarias y el encuentro con la gente.* Un cristianismo de pueblo no se puede construir sin que los pastores salgan de sus casas y

entren en las casas de los demás. Cuando Pablo llegó a Corinto comenzó su predicación en la sinagoga, donde planeaba reunir una pequeña comunidad de creyentes. Pero, después de la oposición con la que encontró allí, decidió mudarse a la casa de Ticio Justo. Estamos en Corinto, la segunda ciudad más poblada del imperio después de Roma, y el Señor tranquiliza a Pablo acerca de su elección, para concluir de una manera profética: “en esta ciudad yo tengo mucho pueblo” (He 18,10). Efectivamente el apóstol alcanza un éxito evidente y se detiene en Corinto un largo tiempo. Pablo ha tenido la paciencia del pastor que habla a la ciudad, no a una parte de ella (los judíos); ha abandonado la sinagoga y se ha instalado en una casa pagana. Pablo ha “salido”, es decir, ha entrado en una casa y allí la Palabra ha empezado a ser fuerte, de modo que ha producido un verdadero milagro con la conversión de muchos que habían ido a escucharle. Pablo es un siervo de la Palabra, no un comerciante de ideas, y la Palabra ha realizado el milagro. Las casas son lugares de “diálogo evangelizador”. Es imposible comunicar el Evangelio de Jesús sin la simpatía y la cordialidad. Por otra parte, el diálogo avanza gracias a la “conciencia de la propia identidad cristiana y la empatía con la otra persona.” (Francisco). Identidad y empatía son palabras clave en un diálogo real. Y añadió el Santo Padre, “(en la religiosidad) de muchas personas hay *semina Verbi* sembradas por el Espíritu del Señor.”

3.3. *La parroquia, santuario de la misericordia.* No es fácil definir la identidad y las funciones de la parroquia en una gran ciudad. En la organización tradicional la parroquia era una unidad en sí misma. La parroquia tenía que ser independiente, es decir, tenerlo todo como si fuera una diócesis a escala reducida. Los sacerdotes estaban ocupados en que la parroquia fuera un espacio integral en servicios y delegaciones. Sin embargo, en la gran ciudad y en un contexto donde el cristianismo vivido a través de la parroquia no es mayoritario, la parroquia se descubre débil y sin un impulso pastoral fuerte, como si su misión central y quizás la única fuera la de garantizar la celebración de las asambleas litúrgicas. Así que hoy, en un momento difícil, cuando las campanas convocan a poca gente, hay que decir que la parroquia experimenta una necesidad de renovación. Sin embargo, esta renovación, de acuerdo con *EG 28*, “todavía no ha dado suficientes frutos”. Es preciso señalar que la institución parroquial no es suficiente para comunicar el Evangelio en el espacio urbano. A continuación, se dan algunas indicaciones que pueden ser útiles para un diálogo y una profundización posterior.

Dice Andrea Riccardi, que “una iglesia en la ciudad es un desafío a la soledad.” Esta declaración lleva a la parroquia a redescubrir su misión de faro de luz en medio de la oscuridad de la ciudad, como leemos en Mateo 5,15: “Vosotros sois la luz del mundo”. El Evangelio de la amistad y la hospitalidad es una primera buena noticia para aquellos que, de una manera neta-

mente “democrática”, se acercan como pueblo a la parroquia: a la Iglesia como tal o a la oficina parroquial o a uno de los servicios que la parroquia ofrece, o bien piden un sacramento o bien tienen una necesidad o tal vez desean ser simplemente escuchados.

Una segunda declaración, del mismo autor, completa la primera: “una iglesia en la ciudad es un santuario de la misericordia.” Un santuario es un lugar de oración y santidad donde aquellos que se acercan a ella hallan una oportunidad para el descanso, la comunicación, el encuentro con el Señor. Propongo diversas “traducciones”, más bien sencillas, de la parroquia como santuario de la misericordia: la apertura de la iglesia el mayor tiempo posible para facilitar la oración y la adoración, la atención a la piedad popular para recobrar pequeñas semillas de fe, horarios establecidos de acuerdo con los ritmos de la gran ciudad y no con ritmos rurales desplazados, atención sostenida a los pobres que acuden a la parroquia ... Sin embargo el momento crucial sigue siendo la liturgia dominical, el momento en que la parroquia se hace más visible.

3.4. *La atención a los jóvenes y a los ancianos.* El tema de los jóvenes resulta a menudo fatigoso en las parroquias. Las experiencias fallidas con los jóvenes llevan a considerarles un problema casi irresoluble, impregnado de pesimismo hacia ellos que conduce a una actitud desesperanzada. ¿Es aceptable esta actitud? ¿Los jóvenes son un problema o más bien constituyen un reto? En primer lugar, debemos tener en cuenta los graves problemas que afectan a los jóvenes en las grandes ciudades del mundo.

El desempleo juvenil se ha convertido en un flagelo en todo el sur de Europa. Jóvenes que se quedan en casa, solos, durante horas y horas, o formando parte de tribus urbanas. La falta de trabajo o un fracaso en la escuela no proporcionan identidad a nadie! Estos jóvenes son en primer lugar “ovejas sin pastor” (cf. Mt 9,36), en lugar de ser delincuentes en potencia o personas que no quieren trabajar. Además, los jóvenes, son acosados por la angustia de la soledad, las drogas, los patrones de vida triviales, y se hunden en no pocas depresiones. Los adultos quieren hacer su vida –eso dicen– y los padres a menudo están “ausentes”, o han roto el matrimonio y herido gravemente la estabilidad de sus hijos.

Pero los jóvenes deben ser amados en vez de ser criticados, comprendidos en lugar de ser juzgados. Por esto en el pasado, y por supuesto hoy en día, han surgido muchos carismas en la Iglesia que han tenido a los jóvenes como sus destinatarios. Los jóvenes deben ser acogidos con afecto materno y paterno, como Jesús acoge a los niños (cf. Mt 19,13-15). De esta manera son invitados a la Iglesia a conocer al Señor, puesto que necesitan el Evangelio de Jesús, consciente de las palabras del Apóstol: “Yo planté, Apolo regó, pero fue Dios quien hizo crecer” (1 Cor 3,6).

Una cosa parecida a la de los jóvenes puede decirse de los ancianos, que son “invisibles” en la gran ciudad. Ellos también son juzgados, sobre todo cuando no son “útiles” y deben ser atendidos debido a su incapacidad. Las grandes ciudades necesitan pastores resueltos y llenos de misericordia que sepan gastar su tiempo con los ancianos —y por tanto ganarlo para la vida eterna salvando así la propia vida (cf. Mc 8,34-35). En el juicio final hay una sola pregunta importante, la del amor, que incluye a los más pequeños, entre ellos a los enfermos y a los ancianos.

3.5. *El encuentro personal con los pobres.* El Papa Francisco utiliza esta expresión sobre la gran ciudad: “muchos rostros silenciados por un anonimato” (Nueva York, 25 septiembre 2015). Se refirió a aquellos que no tienen “derechos de ciudadanía” y por lo tanto no tienen derecho a ser “parte de la ciudad”, y los ejemplificaba así: “los extranjeros, y sus hijos que no pueden escolarizarse, los que no tienen seguro de salud, las personas sin hogar, los ancianos que viven solos”. Podríamos añadir a “los refugiados”, aquellos que han dejado su país destruido por la guerra o el hambre.

El pastor que vive en la gran ciudad recoge con solicitud a toda esta gente descartada, puesto que son miembros de un organismo vivo, de la humanidad que sufre. El pastor no considera a estas personas como “problemas sociales”, alejándolas así de su corazón. El encuentro personal con los pobres define la misión de la Iglesia en la ciudad. Los pobres no son considerados clientes, cuya asistencia precisa organizarse, no una decisión a tomar sino un don, no una prioridad estratégica sino una realidad que debe ser acogida. De hecho, Jesús confió a los pobres a los discípulos cuando les dijo: “A los pobres siempre los tendréis con vosotros” (Mc 14,7. Mt 26,11). Así pues, no debemos ahuyentar a los pobres de la puerta de nuestras iglesias, sería una decisión que prescindiría del Evangelio de Jesús. Los pobres son parte de la Santa Iglesia, y por esta razón Juan Crisóstomo les invita a sentarse en los primeros puestos de la asamblea litúrgica.

Manuel Castells, conocido sociólogo, afirmó en el Congreso sobre las Grandes Ciudades (Barcelona, 2014), que la Iglesia Católica, bajo la responsabilidad del papa Francisco, puede verdaderamente restaurar los derechos de los más débiles de la ciudad —y hay que decir que esta responsabilidad es también presente en otras confesiones cristianas. Castells señala que la ciudad es a menudo fragmentación, frialdad y rechazo —de personas que son hijos de Dios—, lugar de enfrentamientos y tensiones entre el centro y la periferia. Pero este análisis debe ser completado con una lectura teológica de los pobres en la gran ciudad, en relación con el papel que tiene la Iglesia en ella: ser una Iglesia samaritana (Lc 10,37), no autoreferencial.

3.6. *El Evangelio como un “programa” en la gran ciudad, especialmente en sus periferias.* En la *Novo Millennio Ineunte* (n. 29) San Juan Pablo II

insiste en que el “programa” de la Iglesia no es otro que el Evangelio. En la *Evangelii Gaudium* el papa Francisco se expresa en los mismos términos, volviendo a las intuiciones del Beato Pablo VI en la *Evangelii Nuntiandi*. Estos tres documentos forman un hilo que conecta lo que propongo llamar el Primer post-Concilio (1965-2013) y el Segundo post-Concilio (2013 -...), iniciado por el actual sucesor de Pedro. Podríamos decir que la comunicación del Evangelio realizado por una Iglesia en salida, junto al discurso sobre los pobres y al tema de la reforma de la propia Iglesia, son las tres melodías que caracterizan el momento eclesial presente. Sin embargo, es preciso añadir el tema de la pastoral de la gran ciudad, como si fuera un “bajo continuo” que combina las tres melodías anteriores. Jesús sigue caminando por las calles de la ciudad, y su esperanza “nos libera de aislarnos y de no preocuparnos por la vida de los demás” (Homilía en el Madison Square Garden de Nueva York, 25 de septiembre de 2015). El Evangelio, continúa el Papa, nos mueve a sembrar la Palabra de vida, proponiendo, animando y motivando. Dicho de otra manera, la misión cristiana es, básicamente, una epidemia de amor (*forma amoris*). Lo fue en la Roma del siglo I y lo es hoy. Este es uno de los puntos clave a tener en cuenta en el Año de la Misericordia, que estamos celebrando. La comunicación del Evangelio requiere una Iglesia misionera en salida a las periferias, y esta opción elimina las fronteras en el interior de la ciudad. Estas fronteras no coinciden con el plan divino original, que incluso elimina la distancia entre el cielo y la tierra. Retomando *EG 74* hay que decir que el Evangelio debe llegar a las periferias de la gran ciudad: periferias religiosas, periferias urbanas, periferias sociales y periferias existenciales. Frente a esta situación generalizada y compleja, “urge acudir en todas las direcciones” (*Aparecida*, 548).

3.7. *La construcción de las comunidades cristianas en la gran ciudad.* El último, pero en realidad el primer camino que debe emprender una pastoral evangelizadora en la gran ciudad es la presencia del Evangelio vivido, de la fraternidad concreta de hombres y mujeres que, en la oración y el amor por los pobres, son luz, sal y levadura en la ciudad de los hombres. El primer signo de que el Señor vive en la gran ciudad es la comunidad concreta de los discípulos. El tejido eclesial fecunda la gran ciudad y le da el alma que necesita. La Iglesia es portadora del Evangelio, es *crístocéntrica*. Pero el Evangelio no lo lleva cada uno por su cuenta. El Evangelio del Señor resucitado ha sido confiado a la Iglesia, madre de los pueblos, que se insiere en la gran ciudad con afecto y pasión por los que viven allí, como la que genera muchos hijos en Cristo. El *kairós* de la Iglesia reside hoy en el hecho de ser, como siempre fue, Iglesia del pueblo, del pueblo profético que anuncia un nuevo humanismo y trabaja a su favor. Un pueblo se construye cada día, y por lo tanto la Iglesia no es una realidad cerrada, no se reconoce ni en los números ni en el censo. Por último, la Iglesia no puede autolimitarse me-

dian­te dis­cur­sos rígi­dos. Sin pa­sión por el Evan­ge­lio un pue­blo nun­ca pue­de ser con­strui­do. Sin la pa­sión de Dios por li­berar a su pue­blo de Egipto, Israel ha­bría se­gui­do sien­do es­clavo del con­sumis­mo ur­ba­no ga­ran­ti­za­do por el fa­raón: ollas de car­ne y pan en abun­dancia a cam­bio de lad­ri­llos y tra­ba­jo du­ro. Del mis­mo mo­do, vi­vir el Evan­ge­lio en la ciu­dad signifi­ca reu­nir un pue­blo san­to, dan­do los pri­me­ros pue­stos a poble­res y hu­mil­des, en­fer­mos y aban­do­na­dos, ni­ños y an­cia­nos, ex­tra­nje­ros y dis­ca­pa­ci­ta­dos, a fin de que es­cu­che la Pa­la­bra de Dios y sea un pue­blo de paz. Esta es la Igle­sia-pue­blo que Je­sús qui­so y pre­sen­tó como un sue­ño a los dis­cípulos que a me­nu­do no en­ten­dían na­da e in­sis­tían en ob­te­ner los me­jores pue­stos.

4. *Las tres actitudes básicas*

4.1. Los pastores están llama­dos a *cambiar su forma de pensar para llegar a ser una Iglesia verdaderamente urbana*. La Igle­sia ur­ba­na tie­ne como pun­to de par­ti­da un acto de fe (“Dios vive en la ciu­dad”), una acti­tud de es­pe­ran­za (“salir a la ciu­dad y sus pe­ri­fe­rias exis­ten­cia­les y ur­ba­nas”), una op­ción de caridad (“descubrir la huella de Dios y amar los mundos que Él ha ama­do pri­me­ro”). Una Igle­sia que quie­ra ser ur­ba­na, debe tener es­truc­tu­ra, len­gua­je y prác­ti­cas que per­te­nez­can a la ciu­dad y a ella se ad­scri­ban. Una Igle­sia ur­ba­na debe dar tres pa­sos de gran im­por­tan­cia pas­to­ral: debe pa­sar de lo lo­cal a lo cul­tural; de lo con­cep­tual a lo sim­bó­lico y exis­ten­cial, y de lo clerical a lo misionero, el ter­ri­to­rio com­ún don­de los dis­cípulos del Se­ñor, sacer­dotes y laicos, están unidos en la mis­ma pa­sión por el Evan­ge­lio. Estos tres pa­sos son re­cor­ri­dos que deben darse en el seno de un diá­lo­go pa­ciente. No hay fórmulas pas­to­ra­les es­ta­ble­ci­das ni res­pues­tas da­das de an­te­ma­no. Los pas­to­res de las gran­des ciu­da­des hallan los ca­mi­nos ade­cua­dos dia­lo­gan­do desde el nú­cleo es­en­cial de la fe. Este nú­cleo se hace evi­den­te en la prác­ti­ca crea­ti­va del amor, que siem­pre es con­ta­gio y con­ta­mi­na­ción. Por otra parte, la gran ciu­dad es avanza­da del mun­do glo­ba­li­za­do, y esta es la cate­goría fun­da­men­tal, y no lo es tanto la de la se­cu­larización. De hecho, Joseph Comblin ya ha­bía se­ña­la­do que si una parte de la po­bla­ción de las gran­des ciu­da­des per­ma­nece prác­ti­ca­mente in­di­fe­ren­te a los va­lo­res re­li­gio­sos no es ne­ce­sa­ria­mente un signo de se­cu­larización.

4.2. El reto de co­mu­nicar el Evan­ge­lio en la gran ciu­dad es *suscitar la fe, porque Dios vive en la ciudad*. Esto signifi­ca que de­be­mos ana­li­zar la gran ciu­dad con los ojos de la fe, básicamente de ma­nera teoló­gica, con una mi­ra­da con­tem­pla­ti­va, “viendo” el Dios que “vive en sus ca­sas, en sus ca­lles, en sus pla­zas” (EG 71). Teniendo en cuenta esta re­ali­dad de la pre­sen­cia de Dios en la ciu­dad, la so­li­ci­tación a sus­ci­tar la fe en ella no debe ser en­ten­di­da como una forma de volun­ta­ris­mo, sino como una con­se­cuencia ne­ce­sa­ria. Si “las cul­tu­ras, en su nú­cleo más pro­fun­do, están siem­pre abier­tas y

sedientas de Dios” (Discurso de Francisco sobre las grandes ciudades, 27 de Noviembre de 2014), si Dios no es ajeno a ninguna realidad humana, si ninguna realidad humana se entiende sin Él, entonces evangelizar significa suscitar la fe, avivar el fuego donde hay brasas. Como aparece en el Documento de Aparecida: “Dios vive en la ciudad, incluyendo sus alegrías, deseos, esperanzas, así como entre el dolor y el sufrimiento” (514, *retomado en EG 71*). La Iglesia no es una fortaleza, sino una madre y maestra en humanidad.

4.3. La misión en la gran ciudad se extiende más allá de los límites de la propuesta cristiana, en realidad esta propuesta incluye la ciudad en su conjunto, por lo que hay que *vivir la responsabilidad de construir la ciudad*. El sociólogo Manuel Castells hace la lista de los problemas fundamentales de la ciudad: el miedo, la violencia (generalizada también en las organizaciones sociales, *EG 75*) y el aislamiento social. Pero junto a ellos aparecen el individualismo y las grandes desigualdades que afectan especialmente a los suburbios y a los jóvenes, que se convierten en presa del desempleo y de las mafias. En consecuencia, las redes de protección social se desintegran y las formas comunitarias entran en crisis. Una de estas realidades comunitarias, entre los más fuertes, es la Iglesia, que posee una transversalidad articulada única en la ciudad. Por esta razón, la Iglesia puede entender la ciudad y puede ayudar a transformarla, haciendo de ella un espacio de significados que rebose de amor y justicia, convertida en “la ciudad del Señor” (Is 60,14).

En otras palabras, en la ciudad Iglesia y pueblo se confunden, el pueblo de Dios es como un detonante en el pueblo que habita en la ciudad. Así se manifiesta en Pablo, un hombre de ciudad, un ciudadano romano y un ciudadano de Tarso de Cilicia, el gran misionero urbano de las metrópolis de Oriente (Corinto, Éfeso) que finalizará su vida en Roma. Así aparece en la carta a Diogneto, un gran texto del cristianismo urbano del siglo II. Así se manifiesta en la vida de Mons. Oscar A. Romero, nuevo beato, que fue un hombre fiel a la Iglesia y al pueblo. Un pastor debe conocer personalmente la ciudad, leer en ella los signos de los tiempos y percibir como la salvación de Dios se enraíza en la historia concreta de la humanidad que la habita.

Estamos en pleno Año de la Misericordia, al amparo del 50 aniversario del final del Concilio Vaticano II, y como una extensión de los Sínodos sobre la Familia. Quisiera concluir estas mis palabras que os he dirigido, subrayando la maternidad de la Iglesia. El 11 de octubre de 1962, el mismo día en que comenzó el Concilio Vaticano II, el Papa san Juan XXIII pronunció el discurso *Gaudet Mater Ecclesia* de donde proceden estas palabras: “la Providencia nos está llevando a un nuevo orden de relaciones humanas.” La gran ciudad es el lugar donde cultivar estas relaciones, bajo el signo del Evangelio de Jesús, luz del pueblo que camina en esta gran ciudad.